

médicos que habían perdido toda esperanza de salvarle. Aprovechó aquella circunstancia tan feliz en aquellos momentos para hacer ver á su padre que no solamente no tendría la posibilidad de tener nietos que llevaran su apellido, sino que iba hasta perder su último hijo. Podía también contentarse con los nietos que le dieran sus hijas, y además que no se extinguiría el apellido, ya que sus tíos de Benabarre y de Caseras tenían numerosos retoños. En cuanto á él, puesto ya en las puertas de la eternidad, le suplicaba con toda su alma que ensayase, si quería Dios concederle la vida, permitiéndole hacer el voto de consagrarse á su servicio en el sacerdocio. En el colmo del dolor D. Pedro, y viendo la desgracia que iba á pesar sobre él, consintió en aquel sacrificio que no podía evitar, porque amaba á su hijo con la mayor ternura. Hizo inmediatamente José aquel voto en presencia de su padre, é inmediatamente quedó completamente sano.

Después de dar las más rendidas gracias á Dios por solución tan milagrosa como inesperada, libre ya, y con el consentimiento de su padre, recibió el 17 de diciembre de 1582 las cuatro órdenes menores en la ciudad de Huesca, de manos de don Pedro Trago, Obispo de aquella ciudad, (teniendo entonces veintisiete años) y al día siguiente, sábado de las cuatro Témperas, tuvo la felicidad de consagrarse irrevocablemente á Dios y al servicio de la Iglesia, recibiendo el Subdiaconado. El 9 de abril del año siguiente de 1583, el Obispo de Jaca que le amaba con ternura quiso tener el consuelo de conferirle el Diaconado, y el 17 de diciembre del mismo año, en las cuatro Témperas de Natividad le ordenó de sacerdote el Ilustrísimo Señor don Ambrosio Moncada, Obispo de Urgel, y Ordinario suyo. De esta manera abrazó José solemnemente la perpetua virginidad prefiriéndola á la perpetuidad de su sangre en la tierra. Su hermano había perseguido esta tan natural ambición, y no sería conocido hoy su apellido, si José no lo hubiera librado del olvido más gloriosamente que ninguno de sus antepasados, engendrando muchedumbre de hijos que le hacen esperar posteridad eterna.

Ordenado sacerdote, y muy persuadido con San Isidoro, de que entre el sacerdote y el hombre justo debe haber tanta diferencia como entre el cielo y la tierra, se trazó nuevo Reglamento de vida, conforme á las más severas prescripciones de los soberanos Pontífices, de los Santos Padres y de los Concilios. No puede calcularse con cuántas oraciones y contemplaciones y lecturas piadosas y vigiliias y mortificaciones y visitas á las Iglesias, é instrucciones al pueblo, y consuelos á los enfermos, cargó aquel Reglamento ya de por sí tan austero. Todos los días celebraba el santo Sacrificio de la Misa con la misma preparación y con fervor idéntico al de la primera, y como si hubiera de ser aquella la última. Asistía con toda regularidad á los Oficios públicos, cumplía con todas las funciones de sus Ordenes, escuchaba con frecuencia las confesiones, predicaba con gran celo, enseñaba el catecismo, visitaba los hospitales, pro-

digaba sus cuidados á los enfermos, asistía á los encarcelados, y llevaba por sí mismo socorros á los pobres vergonzantes.

Para semejante obrero era demasiado pequeña la villa de Peralta, y la providencia lo destinó bien pronto á trabajar en un campo más vasto. El Ilustrísimo Señor de la Figuera, Obispo de Jaca, había sido trasladado á otro Obispado más importante, al de Albarracín, en los confines de Valencia, á orillas del Guadalaviar. Ya hemos visto cuan aficionado estaba á José: no pudo su padre resistir á sus vivas instancias, y, aunque no tenía José más que veintiocho años (1584) y no hacía más que dos meses que era sacerdote, le nombró su teólogo y confesor, examinador y censor de su clero. Fué para José el colmo del placer hallarse en compañía de Obispo tan sabio y tan santo: y no era menos feliz el Obispo encontrando en él las mismas cualidades. Grandemente edificados de su virtud quedaron el clero, los fieles y las vírgenes encerradas en el Claustro, de las que era confesor.

El 31 de enero de 1585, murió el obispo de Lérida, Ilustrísimo señor Fray Benito del Tocco, mientras en nombre del Papa Gregorio XIII, y á petición del Rey, hacía la visita apostólica en el célebre Monasterio de Montserrat. Al obispo de Lérida sucedió el obispo de Albarracín. Pero antes de tomar posesión de su nueva Silla, como del Consejo de su Majestad, tuvo que dirigirse á Monzón, célebre en la historia de España, como ya hemos visto, por las Cortes de los reinos de Aragón y Valencia y del Principado de Cataluña, que ordinariamente se reunían en aquella villa.

El 18 de marzo de 1585, después de despedir á su hija Catalina que había casado en Zaragoza con Carlos Manuel, duque de Saboya, se dirigió á Monzón Felipe II para presidir las Cortes que se prolongaron por algún tiempo. Quiso el obispo electo de Lérida que le acompañase José, ya por no separarse de él, ya para mostrar á aquella ilustre asamblea la notabilidad que llevaba en su compañía.

No mucho después llegó á Monzón el P. Aguilar, célebre predicador de la Orden de San Agustín, y á quien la ciencia y la piedad hacían más notable todavía. Conversando un día familiarmente con José, le descubrió el designio de introducir estrecha reforma en la Orden de los Agustinos. Aprobólo José en todas sus partes; maduraron juntos el proyecto; y después lo propusieron al Ilustrísimo señor de la Figuera, que lo elogió grandemente, hablando de él al P. Chaves, Dominicó y Confesor del Rey. A su vez el P. Chaves dió cuenta al príncipe, y Felipe II nombró al punto una comisión para estudiar el proyecto. Formáronla el obispo de Lérida, el P. Chaves, el conde de Chinchón, el P. Aguilar, siendo secretario Calasanz. El redactó el informe y las cartas escritas en nombre del Rey al embajador de España en Roma. Sixto V había sucedido en el Pontificado á Gregorio XIII.

En 1588 ordenó al P. Petrochini, General de los Agustinos que se dirigiese á España para acceder á las instancias reales, y en el Capitulo Provincial de Toledo se decretó la reforma de los Padres Agustinos descalzos llamados en Francia *les Petits Pères*, ó los Reformados. En ella había tomado gran parte José. En aquel tiempo había muerto el Ilmo. Sr. Tocco, nombrado por el Papa Visitador Apostólico de Montserrat, como ya hemos dicho, y en su lugar fué designado el obispo electo de Lérida.

Es Montserrat elevadísima montaña de Cataluña, cortada en forma de dientes, de donde le viene el nombre de *Mont-scié*, en catalán *Mont-serrat*. Habían adorado allí los ídolos los paganos, y los cristianos de los primeros siglos hallaron allí una imagen de la Madre de Dios, que se hizo bien pronto célebre por sus innumerables prodigios. Eran los Benedictinos dueños y señores de la Montaña y de gran número de Prioratos ó Curatos que comprendían más de cuarenta pueblos. Pero su jurisdicción no estaba libre de continuas querellas, llegando en muchas ocasiones hasta tomar las armas. Para remediar aquel enojoso estado, á petición del Rey, había nombrado el Papa un Visitador Apostólico. La muerte de éste iba á empeorar las cosas: y Felipe II instó al nuevo Visitador, Ilmo. Sr. de la Figuera á que lo antes posible se dirigiese á la célebre Abadía, dándole suficiente número de oficiales que le ayudasen en tan difícil empresa. En calidad de secretario le acompañó Calasanz, su confesor y teólogo. Llegaron á Montserrat el 18 de octubre de 1585. José se consideró feliz pudiendo visitar aquel ilustre Santuario: dirigióse inmediatamente á la iglesia en la que con tanta veneración se conserva la milagrosa imagen de la Virgen, y postrado en oración ferviente, se consagró de nuevo á Ella y á su Hijo, como su siervo hasta el fin de su vida.

Inmediatamente se dió principio á la Visita Apostólica, que por todas partes encontraba dificultades y peligros: imposible era la avenencia entre dos partidos de enemistad irreconciliable. Para ellos eran buenos todos los medios, y un día pretendían ganarse á José con ricas promesas, y otro llegaban hasta querer imponérsele con amenazas de muerte. Muchas veces tuvo que avisar á su Obispo que tuviese cuidado de su vida para terminar felizmente aquella visita para la mayor gloria de Dios, no dejándola comenzada como su predecesor, que sucumbió después de ocho meses de trabajo. Al tercer mes tuvo ya que guardar cama el valeroso Obispo, y todo el peso de la dificultad recayó en José. A los cuatro meses, el 13 de febrero de 1586, pasó á mejor vida el Obispo, sin que nos diga la historia si fué natural su muerte. Afligidísimo quedó nuestro Santo, y cuando el oficial real que le acompañaba, y que se había formado altísima idea de su ciencia y de su virtud, le dió el encargo de indicar el Prelado capaz de terminar felizmente aquel gravísimo negocio, que exigía, no menos prudencia, que fortaleza, José propuso á D. Juan Bautista Cardona, Obispo de

Vich, que eligió el Rey, obligando al mismo tiempo á José á permanecer en el Monasterio esperando la llegada del nuevo Visitador, para darle posesión de todo, y ponerlo al corriente de lo que hasta entonces se había hecho. No teniendo ya otros cuidados, no pensó sino en entregarse completamente á Dios en un estrecho retiro. Hacía 64 años que San Ignacio de Loyola había echado en aquel mismo lugar, en 1522, los primeros cimientos de su ilustre milicia. En medio de tantas perturbaciones y discordias no faltaban en aquella Abadía Religiosos muy ejemplares: y excitado por aquellos buenos ejemplos hizo José, durante cuatro meses, vida de monje y de austero anacoreta, entregándose sin reserva á todas las mortificaciones, vigiliias, lecturas santas y meditaciones fervientes, saliendo de allí lleno de la unción del Espíritu Santo.

En 22 de junio de 1586 llegó el nuevo Visitador: como el Rey estaba al corriente de todo lo que había hecho Calasanz, quería que interviniese y resolviese como juez en todas las dificultades. El Obispo de Urgel y el oficial del Rey le importunaban, haciéndole las promesas más brillantes según el mundo, para que conservase su cargo de Secretario; pero nada fué capaz de convencerle. Puso en manos del nuevo Visitador todas las piezas de lo actuado, dióle cuenta exacta de todo lo que se había hecho, le puso al corriente de todas las dificultades, le comunicó su plan para calmar todas las disensiones, y partió inmediatamente de Montserrat, convencido de que tenía Dios otros designios sobre su persona. El Obispo de Vich siguió su plan con los resultados más felices, y se explica así cómo con frecuencia se ha atribuído á Calasanz la pacificación de aquel Monasterio.

La Providencia permitió esta pronta vuelta de Calasanz á su patria, pudiendo así asistir á su padre en los últimos momentos. Encontróle gravemente enfermo en Peralta, y desde el primer instante comenzó á prestarle todos los auxilios de un buen hijo y de un excelente sacerdote. Pasaba los días y las noches á la cabecera de su padre, no dejando á nadie el cuidado de servirle. Le dirigía las exhortaciones más conmovedoras, preparábale los alimentos, le arreglaba la cama; en una palabra, le prestaba todos los servicios consoladores, así como los más difíciles á la naturaleza. Agravándose la enfermedad, lo dispuso para que él mismo pidiese los últimos Sacramentos; le hizo administrar el Santo Viático y la Extrema Unción; rezó las últimas oraciones; y no se separó de él hasta haberle cerrado los ojos con sus propias manos, y prestándole los últimos obsequios. Así recompensó Dios á aquel respetable anciano el sacrificio que había hecho de su hijo, feliz con haber obtenido la bendición prometida en otro tiempo á Jacob: *En el día de tu muerte tu hijo José te cerrará los ojos con sus propias manos.* (1) Asistió á los funerales

(1) *Joseph ponet manus suas super oculos tuos.* Gen. XLVI. 4).

de D. Pedro, y celebró é hizo celebrar gran número de misas por el descanso de su alma.

Herederero de cuantiosa fortuna por derecho de primogenitura, desde aquel momento no se consideró José sino como administrador de su patrimonio en favor de los pobres. Comenzó por distribuir abundantes limosnas, y fundó en la Iglesia Parroquial de Santa María, en que estaba enterrado su padre, un aniversario perpetuo en favor de las Almas del Purgatorio. De esta manera, á los treinta y un años, privado de sus padres, de su hermano, y hasta de sus hermanas que estaban ya casadas, aficionado á las celestiales delicias que habia gustado en Monserrat, resolvió vivir en su propia casa como un ermitaño, enteramente entregado á la contemplación de las cosas de Dios y al servicio del prójimo. A hora fija se dirigía á la Iglesia para celebrar el santo Sacrificio, asistir á los divinos oficios, oír las confesiones, predicar la palabra de Dios, enseñar la doctrina á los niños y á los ignorantes, visitando después á los enfermos y á los pobres. Pero no le permitió Dios gozar por mucho tiempo de aquel retiro. A Fray Ambrosio Moncada, Obispo de Urgel, le habia sucedido en aquella silla el Ilmo. Sr. D. Andrés Capilla. Conociendo por la fama la calidad del sacerdote que habia bajo su jurisdicción, y temiendo que se lo arrebatase de nuevo otro Obispo, se apresuró á incorporarlo definitivamente á su diócesis, obligándole á aceptar un beneficio en la Iglesia de Claverol, parroquia de Ortoneda. Le nombró además juez ordinario en el Vicariato de Tremp, que comprende trescientos pueblos y aldeas, sometidos al Obispo en lo espiritual y temporal, y Visitador y Vicario general de setenta y dos parroquias, sometidas solamente á la jurisdicción espiritual. Acostumbrado José á ver la voluntad de Dios en la de sus superiores, sacrificó al instante los placeres del retiro, y partió á cumplir con los múltiples cargos que se le habian impuesto.

En las fronteras de Aragón, cerca del río Noguera que forma no pocos pantanos, están Ortoneda, Claverol, y Tremp que pertenecen al Principado de Cataluña. La principal de las tres ciudades, Tremp, estaba tan bien poblada, que habia en ella no menos de veinte familias que tenían vasallos. A los 31 años llegó allá José, en 1587, para gobernar espiritual y temporalmente tan numerosa familia, conduciéndose más como padre que como juez. En toda esa parte de su vida se podrá observar, lo mismo que en la vida de muchos Santos de aquella época, cómo distribuían los Obispos los beneficios eclesiásticos, sin fijarse en la edad, atendiendo únicamente á los méritos de los candidatos, y á los servicios que podían prestar á la Iglesia. No se conocía entonces lo que hoy llamamos progreso: la principal recomendación era la ciencia; y la fortuna y el nacimiento ponían de relieve las otras cualidades; la santidad, tan común en aquella época, coronaba los demás méritos. Lejos de ser obstáculo la juventud, no hacia sino dar más actividad para el bien,

prometiéndole además más largos servicios. ¡Qué raza de hombres habia debido la Iglesia á aquel método!

Su primer cuidado fué anunciar y comenzar la visita de los pueblos y de las Iglesias, para conocer bien su rebaño, dándose cuenta de los abusos y de los vicios para combatirlos y desarraigarlos, alentando á los buenos, y propagando el bien.

Lleno de celo por la frecuencia de los Sacramentos, por la asistencia asidua á oír la palabra de Dios y al catecismo, por la regularidad y majestad del servicio de Dios, atendía preferentemente á la conducta del Clero, fuente y origen de la estimación en que se le tiene.

Cuando llegue el día de que semejante viento de reforma sople sobre la Francia, enseñada por tan terribles revoluciones, podrá emplearse con el mismo éxito el método de San José de Calasanz. La visita de un Obispo, anunciada con antelación, no le permite enterarse exactamente del estado verdadero de las parroquias. Un Visitador que llega sin avisar, con menos solemnidad, puede ver lo que con tanta facilidad se oculta á un Prelado que es recibido con festejos preparados con anticipación. Fácilmente y pronto pudo observar José que por la demasiada familiaridad con los legos habia perdido gran parte de consideración el Clero. Entre los muchos decretos expedidos por él hay uno en que se les prohíbe absolutamente tomar parte en las diversiones de los seglares, aun cuando sean honestas. Les traía á la memoria el reciente Cánón del Concilio de Trento. *Nada atrae más al pueblo á la piedad y al culto de Dios que la vida y el ejemplo de los que se han consagrado á su servicio.* (1) y este otro del Concilio de Tours. *La vida de los clérigos es libro de los legos.* (2) Era José ese libro abierto siempre, en que podía leer constantemente sus deberes al pueblo. Bueno y afable para con todo el mundo—era éste su peculiar carácter—hacíase guía de todos en el camino de la virtud y de las buenas obras. No podía decirse si era el jefe de los clérigos y de los legos revestido de autoridad omnimoda, ó más bién, el fiel y desinteresado amigo de todos ellos. Le conoceremos mejor por algunos hechos tomados al acaso.

Paseábase un día en un lugar retirado fuera de la ciudad, y oyó que en un prado algo distante se divertían algunos sacerdotes tirando á la barra. Satisfecho al ver tan bien observadas sus ordenanzas, se acercó á ellos nuestro grave Vicario, y para que sacasen del juego algún provecho espiritual, propuso que el vencedor impusiera en penitencia á todos los demás una oración ú otro acto de virtud. Aceptada la proposición, quiso tomar parte, pero como á su elevada estatura añádanse maravi-

(1) Nihil est quod melius ad pietatem et Dei cultum assidue instituat, quam eorum vita et exemplum, qui se divino ministerio dedicarunt. Tridentino, ses. 22. cap. I. de reforms).

(2) Vita clericorum liber est laicorum. (Concilio de Tauris, año 1537).

llosa destreza y gran fuerza muscular, lanzó la barra dos ó tres veces á doble distancia que los demás. Convencidos todos de su derrota, cumplieron de rodillas la ligera penitencia que les impuso, contentos de haber visto á su Vicario tomando parte en sus diversiones.

Atribuyen los hombres gran importancia á la fuerza muscular, y preciso es decir que bajo este aspecto, pocos habian sido tan ricamente dotados por la naturaleza como José de Calasanz. No ponía en ello su gloria; pero sabía servirse de ella en beneficio del prójimo. Caminaba á caballo en una ocasión, acompañado de un sirviente, para cumplir con los deberes de su ministerio, cuando vió á un campesino que no podía sacar de uno de los pantanos que tanto abundan en aquel país la bestia de carga que se había hundido en él. Desesperado el campesino lanzaba toda suerte de imprecaciones y blasfemias. No era extraordinaria la carga que llevaba el animal, ni demasiado profundo el pantano; pero el barro era bastante pegajoso. Compadecido José, ordenó al sirviente que bajase del caballo, y ayudase á aquel pobre hombre; pero ni entre los dos pudieron levantar al animal. Apeóse José, hizo que se retirasen el sirviente y el campesino, quitóse la capa, apoyó una rodilla en las ramas que había colocado el campesino para no hundirse, se puso bajo el animal, y lo levantó con las espaldas, dejándolo en la orilla del pantano. Asombrado el campesino creyó ver un milagro, y pensando que le había enviado el Señor un Angel en su auxilio, se puso de rodillas delante de él para darle las gracias. José, después de reprenderle duramente por las blasfemias, y de recomendarle que en otra ocasión tuviese más confianza en Dios, prosiguió la marcha sin dársele á conocer.

Pascándose un día á orillas del mar, vió á muchos hombres que trabajaban inúltimente para sacar del agua un bote: pidió José que le dejasen á él solo el cable, y puso el bote donde querían los marineros. ¿Eran milagros aquellos hechos? no lo sabemos; pero sabemos, sí, cuánta fuerza añade la caridad á la naturaleza.

Entusiasmado el Obispo de Urgel ante los maravillosos frutos que oía que cosechaba José en el Vicariato de Tremp, resolvió emplearlo, para satisfacer más urgentes necesidades, en la parte de su vasta diócesis que se extendía por los Pirineos. La situación agreste de aquellas montañas, su alejamiento de pueblos más civilizados, la ignorancia, el relajamiento y abandono de los sacerdotes, y el olvido de las obligaciones de su estado, habían introducido en el pueblo costumbres verdaderamente salvajes. Llenas de abusos, de vicios y de escándalos estaban las parroquias, en que no se recibía instrucción alguna. Nombrólo Visitador General de todas aquellas Iglesias con los poderes más amplios para atender á una corrección tan difícil, sin que abandonase sin embargo el Vicariato de Tremp que sería administrado por un Vicevicario de su elección. Siempre

sumiso José á la voluntad de Dios manifestada por su Prelado, lleno de confianza en los auxilios de lo alto, aceptó aquella difícil misión, y partió inmediatamente para el Valle de Barrabes, enclavado en los Pirineos, y confinando con Aragón. Eran muy superiores á lo que se le había dicho la ignorancia de las verdades de la fe, y la corrupción de las costumbres. Era muy difícil el remedio á causa de la disolución de los mismos eclesiásticos, que ningún caso hacían de las órdenes y de las amenazas de su Obispo. Traficaban indignamente con las misas; y turbas de ambos sexos entregábanse en las casas de los sacerdotes á toda clase de juegos y de orgías. Los días de mayores escándalos eran los festivos: cumplidos con precipitación los oficios divinos, se privaba al pueblo de la palabra de Dios para entregarse al placer antes y por más tiempo.

Ante semejantes desórdenes, comenzó José por pedir con fervientes oraciones la asistencia del cielo, y después con la mayor suavidad, según su método que consistía en ganarse los corazones antes de emplear la severidad, invitó á los más ancianos y á los más influyentes del clero á conferenciar amistosamente, sin dar á aquello ninguna clase de solemnidad, trabajando por darles á conocer sus deberes, ganándolos para Dios, para conseguir auxiliares en aquella difícil misión. Asegurado de su auxilio, predicó públicamente en todas las Iglesias, advirtió, corrigió, promulgó sabios decretos, amenazando á los obstinados, y hasta empleando el castigo. Atentaron á su vida muchas veces; pero ¿qué era para él la vida, cuando se trataba de la gloria de Dios y de la salvación de las almas? En fin, á través de mil contradicciones, de peligros de todo género, de largos y laboriosos viajes por medio de precipicios y desiertos, casi siempre sin camino conocido, no dejó Iglesia, ni caserío, por miserable que fuera, sin visitarlo, evangelizarlo y volverlo al buen camino. Maravilloso fué el resultado de tanta labor: los frutos de la misión de nuestro santo fueron la reforma del clero y del pueblo, el culto divino restablecido en las Iglesias, la pompa de los oficios y de las ceremonias, la frecuencia de los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, la asistencia á los enfermos y moribundos, y la instrucción dada á todas las clases sociales. Abrumado de tanta fatiga, pero inundado de consuelos, recogió las Actas de la Visita, dió cuenta á su Obispo, y, habiendo dado ambos gracias á Dios por tanto beneficio, volvió inmediatamente á su Vicariato de Tremp.

Mucho antes de que volviera José, había sido informado el Ilmo. Capilla de los admirables frutos de conversión que cosechaba su Vicario. El clero, tanto tiempo rebelde á sus órdenes, había acudido á echarse á sus pies, solicitando el perdón, dándole cuenta de todo lo que por ellos hacía su piadoso, sabio é infatigable Visitador, cuya muerte habían maquinado ellos al principio, cuando se exponía él á todo para salvar sus almas: Manifestaban de todos modos su reconocimiento para con su

bienhechor, y como José no quiso recibir ningún obsequio de su parte, mandaron cargados á Tremp sus mejores mulos.

Lleno de admiración el Obispo para con su fiel servidor, quiso extender á toda su Diócesis los beneficios de su celo, y en 1590, le nombró su Vicario General, cuando sólo contaba treinta y cuatro años. Con sentimiento aceptó José aquel cargo, muy inferior á sus méritos, pero que parecía demasiado á su acrisolada humildad. Por otra parte, el distrito de Tremp lo despidió con la mayor pena; conociásele ya con el nombre de *Padre de los pobres*. Pero José no sabía más que obedecer, y pronto se extendieron á toda la Diócesis los efectos de su celo y de su prudencia. Con la mansedumbre y con la dulzura, y aun con el rigor, cuando eran despreciadas las vías de la mansedumbre, pero especialmente con sus penitencias, lágrimas, oraciones y buenos ejemplos, corrigió gran cantidad de abusos que deshonoraban aquella hermosa Diócesis. El defecto dominante del clero era la avaricia; despreciaban los beneficios de poco rendimiento, aunque fuera inmenso el bien que podía hacerse. Con sabios decretos trató José de poner remedio á semejante mal; obligando á los beneficiados á renunciar, ó á cumplir con exactitud las cargas, reuniendo en uno solo dos beneficios, cuando las rentas eran evidentemente insuficientes para vivir.

Por lo demás daba él ejemplo del más absoluto desinterés. Siempre tierno y cariñoso con los pobres, hizo fundar un Monte de Piedad, al que ayudaba con una gran suma. Se sabe que aquella Institución fundada por la Iglesia en beneficio de las gentes necesitadas, prestaba sobre prendas sin cobrar interés. Bien saben los pobres lo que les cuestan los préstamos desde que los gobiernos se han incautado de las Obras de la Iglesia. Fundó además una Asociación que anualmente dotaba á cierto número de huérfanas ó jóvenes pobres en las diferentes poblaciones de la Diócesis de Urgel. Llevados del impulso de nuestro Santo, esforzábanse todos por destruir el mal, y practicar el bien. Era objeto de general admiración, no sólo en Cataluña, sino también en los Reinos de Aragón, Valencia y Castilla, y un suceso notable aumentó su reputación en toda España.

Un caballero joven de Barcelona, en el ardor de la pasión, había secuestrado á una noble señorita, desposada con un joven de su clase. Armáronse, por un lado los padres y los amigos de la joven y de su desposado para vengar la afrenta inferida á las dos familias, y por otro lado armáronse también los amigos y la familia del raptor para defenderle. Estaba así dividida la ciudad en dos bandos que amenazaban inundarla en sangre, pues conocidos son el valor y el orgullo que eran característicos de la nobleza española. Asustado el Rey ante el sesgo que tomaban los acontecimientos, y comprendiendo que sería desconocida su autoridad por gentes que creían cumplir con un deber de honor, mandó al Obispo de Urgel que, puesto que había sabido restablecer un orden tan completo en la Diócesis de Urgel,

M^o BORDAS.

TYP. J. CLAYE.

S. José de Calasanz, teniendo 34 años sosiega los bandos de Barcelona por comision del obispo de Urgel.